

EDITORIAL IRIARTE

NOVELISTAS CANARIOS

CUANDO UNA CANARIA QUIERE...

NOVELA DE EDUARDO DIEZ DEL CORRAL

Ilustraciones de Francisco Borges

precedida de

Loa a la mujer canaria

por Juan Pérez Delgado ("Nijota")



Imprenta de J. Béthencourt Padilla
Tenerife

NOVELISTAS CANARIOS

Publicación quincenal ilustrada

Director: Eduardo Díez del Corral

Precios de suscripción:

(Pago adelantado)

ESPAÑA

EXTRANGERO

Año. . . . 11 ptas.

Año. 15 ptas.

Trimestre . 3 »

Semestre . . 8 »

En Santa Cruz de Tenerife y en La Laguna se admiten suscripciones por un mes al precio de *una peseta*.

Los señores suscriptores de fuera de Santa Cruz y La Laguna, podrán efectuar sus pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

Dirección y Administración: General Antequera, núm. 12.

(Toda la correspondencia al Director)

Prohibida la reproducción del texto

Privilegios del suscriptor

Nos proponemos publicar de vez en cuando números excepcionales con mayor cantidad de páginas o dibujos.

*Estos **extraordinarios** que, como es natural, tendrán un precio más elevado, llegarán sin embargo a manos de los suscriptores como otro número cualquiera de los corrientes.*

El primer extraordinario que tenemos en preparación será seguramente muy del agrado de todos nuestros lectores.

Se admiten suscripciones y anuncios en el establecimiento de J. Bethencourt Padilla. Calle de Pérez Galdós.

Novelistas Canarios

publicará en su próximo número: **LOS DOS VERDUGOS** por Francisco González Díaz.

Ilustraciones de Francisco Bórges.

Loa a la mujer canaria

Mujer canaria: Gracia hecha carne, flor de armonía;
fusión de todo lo bello guanche con lo español;
suma de aromas, colores, fuego, luz y alegría
de nuestros campos, de nuestro Teide, de nuestro sol.

Tu eres la única, por las virtudes que hay en tu alma;
tu eres la única por las bellezas que hay en tu faz;
en las tormentas de nuestra vida, tu eres la calma;
en las batallas de nuestro espíritu, tu eres la paz.

¡Madre canaria, figura prócer en quien se aúna
lo más sublime, lo más excelso que Dios creó;
madre canaria, que uniste al ritmo de nuestra cuna
las armonías inimitables del arrorró!

Novia canaria, cándida y bella como las flores,
tu mirar dulce trueca las penas en alegrías
¡clava en mi pecho, como un mensaje de tus amores,
ese gallardo dardo sonoro de las folías!.

Mujer canaria, la deseada, la bien querida,
mujer canaria, la inspiradora de nuestro verso;
mujer canaria, la compañera de nuestra vida;
mujer canaria, la recompensa de nuestro esfuerzo.

Por lo que eres, mujer canaria, por lo que vales,
para tu gloria guarden los cielos sus galardones
¡en tu honor fluyan de nuestros labios los madrigales,
y en tu honor vibren apasionados los corazones!.

Juan Pérez Delgado (Nijota).



Quando una canaria quiere...

I

De dos brincos salvó el capitán Zarco las escaleras del hotel. Se cruzó con algunos huéspedes que, terminada la cena, bajaban a tomar el con-sabido e imprescindible café a «casa de Andrés». Le saludaron joviales:

—¡Adiós, Zarquito!

—¡Hola, perillán!

Todos sonreían al verle, porque Miguel Zarco era un pródigo distribuidor de desbordante optimismo y, siempre, donde quiera que fuese, su presencia despertaba la alegría, predisponiendo a la carcajada, haciendo presentir el chiste oportuno, el donaire agudo que fluían de sus labios a cada momento.

Pero esta noche no tenía ganas de bromas, contestó a los cariñosos saludos con precipitados y secos monosílabos, que más parecían gruñidos y entró como una tromba en el comedor. Desde su mesa del rincón, las sempiternas y apapagayadas solteronas miss Ketty y miss Glendonwyn, empleadas en el Bazar Inglés, le enviaron sus más enternecedoras sonrisas, asaetándole con el fulgor—llamémoste así—de sus ojuelos de enrojecidos párpados.

Zarco, ceñudo y malhumorado, instalose en su sitio habitual mientras llamaba al camarero y le pedía la cena.

En aquel momento Castell, el rollizo viajante

catalán, salía del comedor encendiendo su acostumbrado puro:

—Buenas, capitán; hoy nos hemos retrasado ¿eh?—dijo sonriente, entre dos chupadas, deteniéndose ante la mesa de Miguel

Un sordo refunfuño le contestó.

—¿Va usted al teatro esta noche?—insistió Castell acentuando más su sonrisa...

Otro más marcado respaldado fué la respuesta.

—Ponen «Locura de amor» donde dicen que es tá la Gálvez para comérsela.

—Pues no voy a ninguna parte. Dijo rápidamente Zarco con ánimo de rematar el coloquio.

El voluminoso Castell, frustrados sus propósitos de pegar la hebra y extrañado ante aquel insólito estado de mutismo del siempre locuaz Zarco, se encogió de hombros, alejándose por el pasillo con su bella cabeza de acróbata aureolada por el humo que abundantemente fluía de su cigarro.

Zarco, abortido, sumido en profunda meditación, con la cabeza entre las manos, parecía buscar en la blanca pizarra del mantel, la solución de algún intrincado problema que tuviese terribles y numerosas incógnitas.

Pero no debía: de estar los números del tal problema sino en su propio cerebro, puesto que nada estorbaron a sus tenaces lucubraciones los varios platos que el camarero fué colocando ante su aborta mirada sin que nuestro preocupado joven lo advirtiese.

Un rato largo llevaba ya en esta penosa situación, cuando se vió avanzar por entre las mesas del comedor, con ademán desenvuelto, repartiendo amables saludos entre los pocos comensales que aún quedaban, al popular Alberto Solís; médico de más talento que clientela y hombre de

edad indefinible, o mejor dicho, de dos edades; ya que al verle de mañana, recién afeitado, rozagante, pulcra y atildadamente vestido, se le podría muy bien suponer poco más de una treintena de años; pero que observándole luego, allá a la madrugada, bajo la amarillenta luz de las sucias bombillas de ciertos establecimientos híbridos de taberna y café, donde sus noches se perdían de turbio en turbio; viéndole con la cara surcada de profundas arrugas, con los ojos—tan inteligentes y vivaces en las honradas mañanas aún no maculadas por el alcohol—nadándole tristes y llorosos en las cuencas abolsadas; con ese fatigoso abandonarse hacia el suelo de sus miembros entorpecidos y exhaustos, entonces, bien podría creerse que sesenta años habían dejado la pesadumbre de sus largos días sobre aquellos hombros, unas horas antes robustos, gráciles y gallardos.

Llegose locuaz y accionante, como era su natural, y dándole a Zarco una cariñosa y fuerte palmada en el hombro, le hizo salir de su ensimismamiento a tiempo que le decía:

—¿Qué buscas en ese plato de sopa? ¡hombre miserable! ¿un pelo, una mosca? No seas glotón. Conformate con la modesta substancia de unos tobillos de pollo; que no llegará a más el despilfarrero de ese foragido, inventor de los platos metafísicos que te van llevando a la estúpida filosofía en que te hallo sumido.

Y lanzaba esta perorata a voz en cuello, para que fuese oída por el esférico y grasiento hotelero, que acostumbrado ya a las rudas verdades bromeadas del simpático Alberto, le sonreía, encuadrando su rostro circular y rubicundo en el marco del ventano por el que se servían los pla-

tos desde la cocina y que él utilizaba a la vez como estratégica atalaya para vigilar el servicio de los camareros.

Zarco, cejijunto, como contrariado por la llegada de su íntimo amigo, miró un momento las viandas y con gesto de repugnancia, dejó violentamente la servilleta sobre la mesa, apuró de un trago la copa del agua y levantándose decidido dijo al recién llegado:

—¡Vámonos!

Ante tan desusada actitud, Alberto se avino a un conato de seriedad, poco frecuente en él, y apenas arguyó:

—¿Pero no cenas? ¿Te sientes mal?

—No, no me siento mal; pero no tengo ganas. ¡Vámonos!

Había tal contrariedad, y hasta pena en el tono de estas cortas y rápidas palabras, que Alberto acabó de ponerse realmente serio y siguió a su amigo hacia la calle.

Una vez en ella, cogió a Zarco del brazo y parándose en seco le preguntó con profundo interés por la causa de aquel dolor que tan visiblemente le torturaba.

Con la voz velada por una como sutil niebla de honda melancolía, comenzó Zarco a insinuar tan triviales y amañadas disculpas, que más y más soliviantaban la cariñosa y solícita curiosidad de Alberto.

Al fin, la afectuosa insistencia de éste logró conmovir a su amigo que rompió a hablar entrecortadamente, con la voz rota en sollozos.

—Si, Alberto, si, llevas razón. Tú no eres lo que pareces, lo que te empeñas en parecer. Tienes un corazón y un cerebro, y los míos van a estallar si no vierto en alguien el dolor que me los marti-

riza. ¡Vámonos, vámonos de aquí, porque me ahogo! ¡Vámonos donde estemos solos que quiero hablarte!

Juzgando Solís que, a aquella hora, un sitio adecuado para las dolorosas confidencias que presentía, era la negra soledad llena del profundo rumor de las olas rompiendo en el baluarte de los muelles, allá se encaminó con su amigo, rindiendo a su pesadumbre el homenaje de un silencio sostenido y respetuoso.

En pocos minutos ganaron la alta muralla del muelle. Cruda y desapacible era la noche; la oscuridad intensa y temerosa, y un brisote frío y atosigante había auyentado a los escasos amigos de deambular por aquellos parajes. Las lucecillas de los veleros anclados en la bahía, oscilaban rítmicamente, sujetas a los mástiles invisibles, como pequeñas estrellas^{ss} cercanas.

Llegaron hasta el remate del malecón y se sentaron en el pretil.

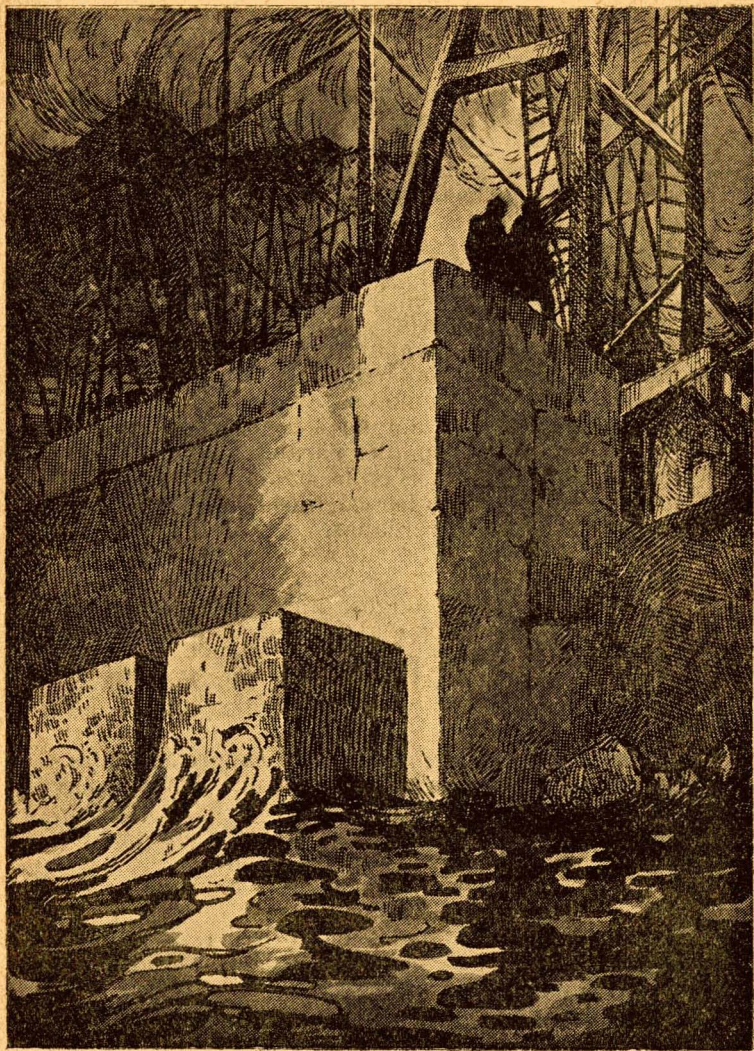
Frente a los dos amigos, imponente, negra y dentada, se recortaba en las sombras la quebrada cordillera de Anaga.

La enorme grua de las obras, tan inmediata, fundiendo sus negros y rígidos perfiles a las tinieblas de la noche, era casi invisible.

A su izquierda, la ciudad trepaba perezosamente, con sus estrechas calles, buscando las laderas del Quisisana, tendiendo en la suave pendiente el intrincado tejido de sus vías, marcado en la negrura por los débiles puntos de sus luces.

El mar, que principiaba a embrabecerse, golpeaba la muralla.

De los veleros anclados en la bahía, llegaban ruidos de cadenas, gemidos de poleas, crujidos de mástiles y cordajes.



Y una voz vibrante y varonil, voló sobre las
sombrias y agitadas aguas con las dolientes notas
arrastradas y sentimentales de una folia:

«Cuando una canaria quiere
a quien la sabe querer,
de tanto querer se muere
y muerta quiere también...»

Zarco, hundiendo más aún la cabeza sobre el
pecho, ahogó un sollozo y las tinieblas velaron la
dulce flaqueza de dos lágrimas amargas, pesadas
y ardientes que de sus ojos resbalaron cayéndole
sobre el corazón.

II

Viendo Alberto que su amigo no llevaba trazas de romper su obstinado silencio, le interrogó cariñosamente:

—Ya estamos absolutamente solos. ¿Quieres sacarme de esta ansiedad? porque algo muy grave te ocurre ¿no es cierto?...

Todavía tardó Zarco en decidirse a volcar su alma en la de su compañero de vida frívola y alocada.

Al fin, un ansia incontenible de desahogar su atribulado corazón, le hizo romper en estas o parecidas razones:

—No debiera decirte ni una sola palabra sobre el tormento que acabas de sorprender en mí por una casualidad y bien contra mi deseo. Este ambiente en que vivimos tú y yo y que los dos, juntamente con otros, tan imbecilmente nos hemos ido formando, ha hecho que, día tras día, haya yo mismo mostrado a los demás una silueta asquerosa y despreciable de mi propia alma. Tú más que nadie, vistiendo con tu ingenio, de un modo atrayente nuestro vacío vivir, procurando hacerlo disculpable a los ojos de los demás y aun a los propios ojos, has allanado el camino que insensiblemente me ha traído a ser

una cosa indigna; a que no pueda alzar mis miradas hasta una mujer que hoy llena mi vida y la destroza...

Alberto, realmente sorprendido, replicó:

—Hombre, Miguel, me dejas estupefacto. Lo que me dices es absurdo. ¡Tú enamorado! ¡Tú lleno de desesperación porque «Ella», una determinada «ella», te ha dado unas vulgares y benditas calabazas!... Vamos, hombre... da gracias a Dios que así vela por tu felicidad.

—Calla, Alberto—le cortó iritado Zarco. No es ocasión de que ensayes tus bromas queriendo quitar importancia a la realidad más dolorosa de mi vida. Ha llegado el momento en que, con valentía, me plantee el problema en toda su desnudez. He malgastado mis mejores años en hacerme una fama de calavera elegante y alegre, que a ratos, a ratos nada más, pero algunas veces, a mí mismo me satisfacía debiendo avergonzarme. Es hora ya de que, o rectifique mi vida o de que la termine.

Conmovido Alberto, abrazó fuertemente a su amigo, diciéndole:

—Perdona, chico. Perdóname mi broma y tranquilízate. No será tan irremediable lo que te sucede...

—¡Es terrible! ¡Es... para volverse loco! Tener que sufrir que una mujer inteligente, buena ¡única! me diga, como me ha dicho hace unas horas, entre rubores y lágrimas, que mi fama de vicioso impenitente ha llegado a impedir lo que era su más ferviente, dulce y secreta ilusión...

¡quererme! ¡ser mía! ¿Comprendes que se pueda sufrir vergüenza mayor que ésta de sentirse querido y despreciado a un tiempo...?

Los ojos de Zarco se arrasaban de lágrimas. Juntábanse en terrible gesto sus cejas bajo la amplia y despejada frente. De su poderoso pecho salían entrecortadas las palabras para ser en el instante arrebatadas por el fuerte ventarrón y perderse en el misterio de la noche, entre el ruido de las olas. Su alma se deshacía en turbulencias, como el mar que por momentos iba enfureciéndose y ya se estrellaba, cubierto de los espumarajos de su rabia, contra las rocas que protegían el remate del muelle.

Alberto, más dueño de sí, dijo a su amigo poniendo solemnidad en sus palabras:

—Puesto que no hay manera de rehuir el tono serio que de repente te ha brotado, voy a decirte unas cuantas verdades, tuyas y mías, ya que nadie nos oye y que esta lamentable escena no ha de repetirse, afortunadamente. Ante mí te me presentas ahora con un nuevo aspecto que ni sospechaba siquiera. Te creía un hombre inteligente. uno de los raros ejemplares que, por un don divino, vienen al mundo con una como experiencia heredada que les hace despreciar la vida y los hombres, rehuendo sabiamente el amor; conformándose con amotíos, sin pasar de la espuma de ese mal vino lleno de posos y heces que es una pasión.

Te creía superior a mí, ya que yo, a pesar de que todo el mundo me llama inteligente, tuve

que llegar a mi estado de resignada desilusión, después de pasar por un amor que, como hoy a tí el tuyo, a mí hace años el mío, me pareció lo más importante de mi vida. Pero veo que esta ceguera absurda es un mal al que nadie escapa y, aunque nada espero conseguir, voy a darte un consejo: Procura olvidar a esa mujer, sea quien sea, aléjate sin pena de tal dechado de perfecciones y no trates de someterla a la decepcionante prueba de la convivencia. Eres inteligente y con lo dicho te sobra para comprender que una amarga experiencia las dicta. Es preferible el suave dolor de soñar toda la vida con un ideal que no se logra, a la pena terrible de ver que nuestro propio corazón, embustero impenitente, nos ha engañado. Créeme, Miguel; una ilusión es siempre preferible a una realidad.

—No es verdad. Cortó exaltándose Zarco y añadió:

—El que tú y mil como tú os hayais equivocado, no quiere decir que yo forzosamente me equivoque también. ¡Si supieras quien es! Si yo te la nombrara, como la conoces bien, me darías la razón. La vida con esa mujer no puede ser la vulgar vida de los que acaban en la desilusión y el desencanto. ¡Es tan inteligente! ¡Es tan buena! ¡Es tan hermosa! ¡La quiero, Alberto, de tal modo!... que no me avendré a vivir sin ella. Lo he pensado mucho y mi resolución está tomada. Me falta valor para matarme, pero me iré a Africa y allí, yo te juro que he de hacer

que me maten, y pronto ¡pronto! La vida me pesa ya de un modo intolerable.

Las olas como si participasen en la tormentea espiritual de Zarco, encrespándose más y más, llegaban a veces a azotar el alto malecón cubriéndole con sus latigazos de espuma.

Alberto trató de prodigar inútiles consuelos queriendo disuadir a su buen amigo de la terrible determinación que acababa de comunicarle. Aquel desesperado huir de la vida buscando en los trágicos azares de la guerra una muerte cierta, por *voluntariamente querida y provocada*, le parecía una enorme locura. ¿Por qué no aguardar? ¿Por qué no intentar otra vez y aun otras veces, convencer a la timorata y adorada mujer?...

Pero toda su buena voluntad, toda su oratoria fluyente y cálida, impregnada de un cordialísimo deseo de inculcarle otra solución diferente de la brutal y desesperada que inquebrantablemente había adoptado el vehemente Zarco, fueron inútiles. Al día siguiente, pediría ser destinado por telégrafo, al ejército de Africa.

Cuando otra vez estuvieron en la plaza de la Constitución, solitaria bajo la fina y fría llovizna que caía encharcando el amplio rectángulo losado, Zarco, queriendo poner un final al incansable razonar de Alberto, dijo:

—Es inútil que malgastes tus palabras en procurar que yo cambie de determinación. Tengo demasiada dignidad y quiero para mi amor, un amor tan espontáneo y voluntario que por nada

ni por nadie, ni por la vida de mis padres si viviesen, me avendría a aceptar un cariño forzado por la amenaza de esta resolución. Ya ella sabe, o debe presumirse, que no soy un chicuelo que un día cree morir de amor para olvidarse al siguiente de ello. Afortunadamente estoy solo en el mundo; no tengo más que algunos parientes lejanos con los que apenas me trato. Ni nadie aguarda nada de mí, ni nadie me necesita, y yo no espero ya de la vida otra cosa queirme dejando morir estúpidamente sin un fin, sin un ideal. Créeme, lo mejor es esto. Tarde o temprano hemos de acabar... De modo, querido Alberto, añadió Zarco algo recuperado y tranquilo, que no te molestes más en disuadirme; perderás el tiempo. Y no llesves a mal que te deje; quiero estar solo; tengo además que ordenar papeles, escribir algunas cartas, preparar todo.

—Es decir...—replicó Alberto con voz y aduán en los que se advertían al mismo tiempo que una sincera pena, la renunciación a seguir intentando disuadir a Zarco.

—Que mi resolución es inquebrantable; que es cosa formalmente decidida y que sólo le pido a tu buena amistad una cosa: que me guardes el secreto de lo que esta noche has sabido y de cuanto hemos hablado. Para todos, será mi determinación una locura más de Zarco..., de Zarquito, como siempre se me llama. La atribuirán al alcohol; la juzgarán el desenlace de alguna borrachera. Mejor; mucho tiempo viví embruteado por él y como sin corazón; yo mismo casi

ignoraba que lo tuviese y ojalá que lo hubiera ignorado siempre. ¿Pero a qué darle vueltas a esto? Adiós, Alberto,—terminó tendiéndole la mano;—ya nos veremos. Aún estaré por aquí unos días. Adiós.

Y tras un largo apretón de manos se separaron los dos amigos.

Los conocidos que desde las ventanas del casino les veían despedirse bajo la llovizna, no podían suponer que sus almas, tan alegres al parecer siempre, lloraban ahora igual que aquel cielo tan despejado y azul de ordinario.

III

No es la guerra, ni la vida en campaña es tampoco, lo que de ordinario se cree. Y aunque Zarco, por ser militar, tenía más motivo que la generalidad para que su juicio fuese siquiera aproximado acerca de las emociones que había de sentir frente al enemigo, se encontró desorientado.

Aquellos alegres y alocados simulacros en los Alijares, en su época de cadete, eran como una mala estampa desdibujada, desvaída y borrosa respecto del inmenso y a un tiempo magnífico y terrible paisaje que trataban de reproducir; paisaje que ahora se desarrollaba ante sus ojos atónitos, desconcertándole con sus mil imprevistas peripecias.

No había rodado Zarco por muchas guarniciones como otros compañeros suyos. La vida militar había sido para él suave y tranquila, hasta el momento presente en el que voluntariamente se había lanzado. El único obligado periodo de servicio en Africa que tuvo que hacer, transcurrió en uno de esos lapsos de absoluta tranquilidad. Zarco se pasó sus dos años de Marruecos casi como si su servicio hubiera sido de guarnición en cualquier soporífera capital de infimo

orden: casino, cuartel y otro linaje de casino, más íntimo y familiar: la casa de huéspedes, donde vivía con otros compañeros. Así es que este deslumbrador y desconcertante amontonamiento de gentes y caballos y carros y cañones que forman un campamento; esta especie de ciudad nómada y revuelta, hecha con lonas, tablas y cuando más adobes y barro seco; este atropellado vivir lleno de obligaciones agobiantes, de zozobras y responsabilidades, tenía desasosegado y febril al vehemente y desesperado Zarco. Habiera él querido que, una vez en África, frente al enemigo, fuese todo obra de unas horas, de unos días cuando más: poderse lanzar frenético, a pecho descubierto contra aquellos taimados e invisibles enemigos y, sin más tardar, que una bala rematase piadosamente su vida desarraigada, solitaria e inútil — que así consideraba Zarco, en su desesperación la suya.

Pero la realidad había sido y era muy diferente. Su mayor desconcierto nació de lo íntimo de su conciencia. Desde el primer momento se le fué afianzando más y más la idea aprendida en su carrera, de que el oficial es un núcleo de una célula compuesta por otros hombres, otras vidas que, si también estaban dispuestas a darse a la muerte con facilidad, y hasta con placer, no habrían, sin embargo, de ser sacrificadas a su desesperado afán de acabar, sino empleadas sabia, metódica y reposadamente en lograr para la Patria una finalidad de alta trascendencia.

Y con tales ideas en la cabeza y la honda

amargura desesperada que le mordía en el corazón, la vida de Zarco era un suplicio.

El dolor, esa llama reductora que sabiamente va limpiando el espíritu de la mala ganga de todo lo bajo y ruín, había ido depurando su alma; y en los cinco meses que ya llevaba en aquella posición, se había trocado en un hombre reflexivo y caviloso.

Pero no se crea que ni un momento se apartaba de su cerebro el terrible designio de que su vida acabase pronto. Quería morir y con mayor ahinco que cuando salió de Tenerife.

A ratos, la esperanza, —inseparable y piadosa compañera del alma humana,—lo cobijaba un momento con su tibio manto. Acaso recibiría una carta de la mujer amada; acaso quién sabe qué imprevisto acontecimiento benévolo le haría cambiar de ideas, trocándose su perpétuo desconsuelo, su desesperado vivir anhelando la muerte, en un sereno y equilibrado ritmo de hombre sano y feliz.

Pero pronto esta consoladora expectativa, se deshacía como una bruma barrida por el frío viento de su razonar. ¿Qué importa que ella le escribiese? ¿Acaso no sería su carta obra de una piedad tardía, ajena al arrebatado amor que él hubiese querido en pago del suyo tan vehemente? ¿Y podría nunca su corazón avenirse al frío e insulso sentimiento que se llama compasión, tan lejano y hasta opuesto—pensaba él equivocadamente—a la encendida pasión que soñó y



quiso que prendiera en el alma de la adorada y adorable mujer?

Y por una de esas sutiles y perversas alquimias del espíritu, cuanto más amaba—y amor es vida—, más deseaba morir.

A tanto llegaba su insania, que en las plácidas noches africanas, cuando después de haber recorrido los puestos que ocupaban los centinelas de su compañía, desde alguna eminencia del parapeto dejaba vagar sus ojos por los amplios valles y las abruptas barrancadas, dormidos bajo los densos velos de las tinieblas, se complacía en pensar:

—Allá, por aquel sitio que marca el pequeño «morabo» con su macilenta lucecilla; o en aquel otro donde los parpadeos de una lumbre mortecina acusa las guardias enemigas, caerá un día mi cuerpo acribillado a balazos. Los chacales ahulladores, los mudos y feroces perros de aduar, las fatídigas bandadas de negros y lucientes cuervos, devorarán estas carnes mías, y la carroña de mi esqueleto se irá mondando y puliendo con los vientos, los soles y las lluvias, y tan estéril como mi vida será mi muerte. No alimentará la material substancia de mi cuerpo unas cuantas flores que extraigan sus matices y sus esencias de ella; como tampoco mi alma ha servido para hacer germinar en aquel corazón tan querido, un amor floreciente y lozano.

Y si, como era frecuente, algún atrevido «paco» lanzaba su odio en unos cuantos proyectiles, protegido por la impunidad de la noche, toda

negrura, Zarco se subía sobre el parapeto ofreciendo su cuerpo a las balas. Hubiera querido morir solo, sin que su desesperación fuera, tal vez, la causa involuntaria de otras muertes. Pero el tiempo pasaba y el plomo enemigo, que cada día causaba nuevas víctimas, parecía rehuir a Zarco.

Algunos compañeros, testigos de sus arranques de temerario valor, le decían frecuentemente:

—¡Rediez Zarquito, eres un jabato!

El, desentendiéndose de las alabanzas, pensaba:

—Valor, cobardía, heroísmo, miedo... ¿quién sabrá nunca de dónde y cómo brotan esos misteriosos manantiales del alma?

IV

Zarco, de servicio esta serena y plácida noche, templada y luminosa, de tantas claras estrellas como lucen amontonándose en sidereos enjambres; con la amplia vía de la fulgente leche de Venus partiendo en dos el infinito azul de los cielos, recorre los parapetos nervioso y desasegado.

Sabe, según órdenes recibidas que, de madrugada, apenas despunte la aurora, se ha de efectuar un ataque en amplio frente para sorprender al enemigo y caer sobre él de improviso.

Mira hacia el silencioso campo; considera las eminencias hasta las que hay que llegar nutriendo y matando, y una dolorosa y tranquila seguridad de que aquella jornada será la última de su vida, se va apoderando de su ánimo. Un lejano cosquilleo nunca sentido, le avisa como un presagio, que el momento va a llegar; y con la triste alegría de los desesperados, fuma tranquilo pensando en ella, enviándole los que él imagina sus postreros pensamientos.

Por ese conocido fenómeno cerebral que hace que los sentenciados a muerte, borrachos de hiperestesia sus sentidos en sus últimos momentos, con una acuidad maravillosa, revivan sus im-

presiones pretéritas, dándoles corporeidad y tangencia casi reales, Zarco ve ahora a Santa Cruz, recorre sus calles, saluda a sus amigos y más que nada la ve a ella. Ella, que como las figuras fantasmales que en ciertos momentos aparecen en la pantalla del cine como una niebla transparente, se superpone a todo cuanto este miraje interior le va presentando a sus ávidos ojos interiores y aun a las reales imágenes de lo que le circunda.

La ve triste, llorosa, mirándole a él con ojos de honda amargura y oye su voz armoniosa, aterciopelada y querida, que con tono doliente le dice:

—«No Miguel; te enganas; tu vida, tus actos están diciendo que tu corazón no está hecho para el amor que yo quería; tu carácter es ligero, atolondrado, tornadizo y si yo, arrastrada de la gran simpatía que tú me inspiras, te hiciese caso; si amargara los últimos días de mis padres uniéndome a ti—cosa que me han prohibido por mi bien y, no te enfades, también por el tuyo—poco tardaríamos en llorar todos el haber querido que tu corazón, tan pródigo y fácil para las aventuras, diese a un amor único lo que está acostumbrado a repartir en amorios fáciles y pasajeros. Olvidame; yo no puedo ser tu compañera y bien lo lloro, ya lo ves; pero tú lo has hecho imposible ¡Que lástima, Miguel, que seas como eres! ¡Por qué Dios hará estas cosas!»

Y la visión—melancolía, abatimiento, dulzura y bondad, sollozos y lágrimas—se adentra en el

triste corazón de Zarco, esfumándose en sus limbos interiores, con un ademán desolado, cual esas viudas enamoradas, que muertas con la muerte del amado, andan ya siempre por la vida, hieráticas y cayentes, como una negra lágrima que busca ser sorbida por la tierra; como el mismo dolor personizado.

El campamento duerme. De vez en cuando se escuchan relinchos y pateos, golpes sordos y como ahogados que las inquietas acémilas dan en el piso terrizo de sus cuadras.

A la claridad espectral de las estrellas, el amplió valle—meseta donde está el campamento, luce como un fantástico decorado. Los innumerables conos blancuzcos de las tiendas, agrupados en verdaderos barrios, simulan una enorme era cuajada de cónico montones. Algunas se hacen más visibles transparentando la luz de su interior. Son probablemente de oficiales que, insomnes, preparan la jornada o la esperan escribiendo quizá a la esposa, la madre, la novia o los hermanos, en estos momentos llenos de nerviosismo, preñados de misterio, que pasan veloces, acercando los que pronto serán los últimos de los elegidos por la descarnada para ser su manjar en este día ya naciendo.

Los puestos de avanzada, en las lomas circundantes, con la línea negra y sinuosa de sus parapetos, recortan el horizonte teñido ya hacia saliente por un vagaroso rosicler.

De pronto, un estampido hondo y lejano rompe la dulce calma poética de la noche. El centi-

nela que está inmediato a Zarco, vuelve la cara hacia una cordillera que, negra e imponente, se recorta en purísimo azul del cielo, ya esclarecido por las luces de la aurora, y hablando consigo mismo dice:

—¡Ya está ahí el «Felipe»!

Efectivamente; acaba de disparar el cañón que con ese nombre llaman en su jerga los soldados y que tienen emplazado los enemigos en una lejana eminencia, tan bien protegido y disimulado en alguna torca o socabón, que ni la aviación ni la artillería habían logrado dar con él con sus tiros. Figura éste como uno de los principales objetivos de la acción preparada para dentro de poco, y precisamente la compañía de Zarco es la encargada de coger aquel cañón e inutilizarlo.

Comienzan a oírse las dianas de las distintas unidades, y pronto ese indescriptible ruido, mezcla de golpes, desperezos, voces, carraspeos, cantos, llamadas, conversaciones, cacareos, ladridos y relinchos, va creciendo, expandiéndose y elevándose, hasta cuajar en el denso zumbido de colmena humana con que al nacer un nuevo día se reanuda el confuso trajín, la nerviosa vida de un campamento.

Las fuerzas formadas en sus respectivos lugares, pasan lista; y las acémilas dan al aire sus protestas al sentirse atalajadas con presteza, coceando entre relinchos y gruñidos y manoteando sobre la endurecida tierra.

En un momento, formados, toman estos mi-

les de hombres el desayuno y son racionados para el almuerzo en el campo. Y como aunque se dice paseo militar y reconocimiento, ya saben a qué atenerse por la experiencia de anteriores y análogas operaciones, los nervios cobran tensión. los ojos brillan encendidos y una densa atmósfera espiritual de inquietud, desasosiego e impaciencia, va espesándose sobre el vasto campamento.

Ya las descubiertas, que habían salido antes de tocar diana, comienzan a trepar por las laderas vecinas, traspuestos sin un tiro los barrancos en que muere la suavemente ondulada planicie del campamento. Montan los jefes en sus caballos y en medio del profundo y espeso silencio que se produce cuando se inicia la marcha hacia el trágico misterio de una lucha segura, de la que muchos no vuelven, principian las fuerzas a franquear los protegidos boquetes, más que puertas, ganando el campo libre.

En las atalayas de las empinadas posiciones circundantes, nidos minúsculos, ojos y tentáculos avanzados del recio gigante férreo que anda bajo los cucuruchos de lona, cabrillean nerviosos y rápidos, con sus chispazos de luz, los heliógrafos...

Ya las fuerzas están a unos cuantos kilómetros de la posición. Varios aeroplanos se elevan y, trazando magestuosos y cada vez más amplios círculos, van remontándose.

Pronto al crepitante zumbido de los motores de estos airosos pájaros, destelleantes al sol,

aun bajo, como hechos de nácares y plata bruñida, se une el lejano ronquido de otros que vienen aún a mayor altura, también en vuelo circular de atenta y minuciosa observación de cerros y valles, yermos y montizales pedrizas y terreras.

Es ciertamente desconcertante la manera de repartirse las fuerzas. Parece como si se tratara de abrirlas en una inofensiva marcha, sin otro fin que entrenar a la gente en un simple paseo militar; pero un poco de atención aplicada a una buena carta del terreno, hace ver bien pronto, que la aparente divergencia tiene una sabia coordinación convergente.

V

Mediada va la mañana. Ya comienzan las tropas a coronar la más alta cresta del macizo montañoso en que se refugia el enemigo.

Simultáneamente, por las barrancadas laterales de la empinada y corta cordillera, aparecen otras columnas nuestras; las que, ocultándose habilmente, la habían contorneado siguiendo hondos y disimulados caminos.

Sorprendidos los rifeños por la rapidez y la habilidad de la maniobra, intentan escaparse por el boquete que al centro queda entre las dos alas de los atacantes; pero advertida a tiempo su intención, fuerzas que se corren de ambas cabezas, estrechan el cerco dejando un a modo de angosto embudo, descubierto en peladas laderas, donde los aviones, la artillería y las ametralladoras concentran sus fuegos y convierten la tierra en un hervidero de balas y explosiones. Vibran los aires con horrible estruendo.

Copos blanquinosos de los Sharapnel al estallar, se sostienen pomposos e inmóviles en la atmósfera quieta, empedrando con numerosos vellos el azul zarco y destelleante del cielo.

Las gruesas granadas de la aviación, revientan poderosas al chocar contra el suelo y hacen

surgir altos y turbios surtidores de tierra y piedras. Con frecuencia, trágicos peles, mutilados y contraídos, danzan en el aire las terribles piruetas de la muerte.

Los fieros montaraces, al verse copados, aullan terribles amenazas, redoblando sus disparos con ardorosa furia, mientras que nuestras tropas, seguras ahora de encontrar blanco, agazapadas sin malgastar municiones, córrense estrechando más y más el copo devastador.

Zarco y sus soldados recorren afanosamente los vericuetos, crestones y espeluncas de las ingentes alturas, batiéndose pecho a pecho, contra varios centenares de audaces que, bien a las claras dicen, habiéndose quedado en la entraña de aquella mortal redada, que por allí está el objetivo a él encomendado: el atrevido «Felipe».

En una de estas evoluciones, al llegar los nuestros, husmeadores como sabuesos, a un pequeño tajo en los roquizos crestones del monte, de un socabón cuya boca disimulan hacinados lentiscos, jaras y chaparros, sale una verdadera tromba de fuego. Granadas de mano, tableteo de ametralladoras, ráfagas de fusilería y el mismo «Felipe» que ¡aquí! ¡aquí está por fin!, barren la tierra y los aires como un formidable huracán que, abriéndose en mortífero y atronador abanico, reuniese sus invisibles varillas en el estrecho boquete, ya mal disimulado, pues la maleza vuela hecha briznas incendiadas y rotas con los millares de proyectiles que de afuera y de dentro en ella convergen.

Zarzo, sereno, da con su pito órdenes agudas, como silbos inteligentes y conminatorios de un astuto áspid, y su gente se tiende en el suelo, cesando de disparar.

Los defensores desorientados, llenos de asombro, creyendo sin duda que han conseguido aniquilar a los audaces atacantes, van amenguando sus descargas y, a poco, un gran silencio, más trágico, temeroso y anhelante que el ensordecedor tronar de las armas, sólo turbado por los ayes y estertores de los numerosos heridos de ambas partes y por el retumbar lejano de los cañones y los débiles chasquidos de los fusiles distantes. Un profundo y como absorto callar de la Naturaleza—la voz del gran silencio—se oye sólo, como preguntando con su calma honda y religiosa a los hombres, qué feroz locura los empuja a morir en esta serena, luminosa y bella mañana.

Los segundos son largos, los minutos inacabables y cuando de la cueva comienzan a salir los sitiados, alargando las ennegrecidas cabezas, interrogando a la quietud como de muerte, un agudísimo pitido, hiriente como un dardo, galvaniza a los atacantes que, de un salto puestos en pié, se lanzan a la cueva como alud arrollador y mortal.

Sobreviene un choque enorme, desesperado, titánico. Los cuchillos se hunden en las carnes con celeridad convulsa; las bombas de mano lueven dentro de la angosta cueva; los disparos secos de las pistolas suenan como chasquidos de

látigo. Y ahora, pecho a pecho, en abrazos mortales de los que muchos no se separarán, ruedan enlazados en una contraída maraña de miembros retorcidos. No se oyen más que sordos insultos, hondos estridores del esfuerzo al matar y morir, sin ayes lastimeros, sólo los sones apagados y siniestros de los pechos insensibles, portadores del hirviente anestésico de la cólera y el odio.

¿Qué pluma describiría este caos absurdo, entre polvo, humo, sudor y sangre en el que muchos, agotadas o perdidas las armas, vuelven a ser la fiera rupestre y cavernaria de los tiempos troglodíticos, en que otra vez los dientes taján, hienden y trituran; las uñas perforan, desgarran engarflan y despedazan; el puño tunde, machaca y pulveriza; la rodilla percute, derriba y aprisiona; el codo fractura, taladra, clava y el rudo talón, aplasta, inmoviliza, remata y afinca la ensangrentada víctima que al fin cayó?

Obra no más que de minutos es el de acabar con los defensores del cañón. Y cuando los soldados de Zarco, locos, con los ojos sangrientos y llameantes buscan inutilmente más hombres qué despedazar, aún les quedan bríos para emprenderla con el inerte «Felipe» que sobre su enlodada cureña, ardoroso de los últimos disparos, proyecta hacia el impecable azul del cielo su fatídica boca renegrada aún humeante.

Ahora sí, los pechos desahogan sus comprimidos resortes en alaridos de alegría y de victoria.

* * *

Cuando ya, dentro de la posición quedaron las tropas ansiosas de descansar de la ruda faena de aquel interminable, tremendo día, echaron de ver que faltaba Zaco.

—Yo le vi entrar; decía uno.

—Yo le vi subiendo la cerca de la entrada y ayudando a un herido; decía otro.

—Yo le vi en el barranco llevarse las manos al pecho como si estuviese herido, pero no cayó.

—Yo le vi andar a rastras cuando veníamos a media ladera...

Lo cierto es que Zarco, herido, muerto o extraviado, no se hallaba en la posición. Todos los hombres de su Regimiento querían salir a buscarlo; pero los jefes eligieron sólo unos cuantos entre los más fornidos y prudentes. Era una locura, debía de haber muerto en el barranco, pero el prestigio de su valor logró la excepcional orden de buscarle entre las sombras, con riesgo de muchas vidas más. Aquel grupo de valientes buscó durante varias horas; y al fin convencidos de la inutilidad de la penosa búsqueda, los entusiastas admiradores del bravo capitán, desistieron de su arriesgado, piadoso e inútil intento, regresando a la posición ya más de mediada la noche.

De allí a poco el cansancio, beleño caritativo, dejando caer sus tibios copos sobre aquellos valientes, embrutecidos y derrengados por tantas horas de lucha y trajín, cerró sus párpados y la

noche calina, densamente negra, ahogaba aún más los escasos rumores del campamento.

La tierra, en derredor, cobijada por los oscuros crespones de los cielos, también dormía un sueño profundo, como ahita de sangre, su bebida predilecta por los siglos de los siglos, mientras haya hombres.

VI

Zarco, que en la última etapa de aquel terrible ataque, había sido herido, se sintió de improviso enlazado por los brazos sarmentosos de un enorme morazo, curtido, amojamado y negruzco. Rodaron luchando por la pendiente ladera, y allá, en un hueco socabado por las aguas pasajeras y torrenciales de los inviernos, quedaron confundidos en un informe montón de miembros entrelazados.

Había conseguido Zarco hacer uso de su pistola, y apoyando el cañón contra el pecho enemigo, disparó hasta agotar el cargador. El otro por su parte, hundió repetidas veces su corva gümia en las carnes del capitán.

Extenuados, expirantes, sintiéndose morir, un último y poderoso esfuerzo de sus voluntades había trocado la relajación muscular en que la muerte se resuelve, en una férrea contracción de espasmo que, muerto el moro y moribundo y traspuesto Zarco, los ató, engarfiándoles en una retorcida madeja tan unida y entrelazada como sólo las tejen y enmarañan esos dos locos hijos gemelos del corazón humano: el Amor y el Odio.



Alboreaba cuando Zarco, recuperando el sentido, entreabrió los ojos.

* *
*

Se sentía como hundido en una sima marina, gravitándole el peso inmenso de unas aguas turbias que le ahogasen inmovilizándolo. Sus ideas, como lentos y adormecidos peces de un borroso piélago, voltigeaban en su cerebro, resbalando somnolientos, escapándosele.

Como desde el fondo de una pesadilla se ve la vida en esos sueños densos, mitad fantasía mitad realidad deformada y torpemente percibida, así Zarco ahora, sentía lo externo que le circundaba.

Ni dolor ni odio, sólo una sed abrasadora de fuego en las entrañas y en la piel que, encandeciendo su ser, convertía cada poro de su cuerpo en una boca ávida, pero incapaz de sacar frescor y consuelo de las aguas tibias y untuosas, como grasas derretidas y calientes en que creía flotar, laxo y oprimido a un tiempo.

Vagamente, como si aquellas pesadas y oleaginosas ondas lo removiesen con mayor fuerza, al tiempo que se hacían ininteligiblemente sonoras, Zarco creía ser transportado por una ondulante corriente que susurraba palabras indescifrables.

Era que había amanecido, y una patrulla al hacer la descubierta lo había tropezado casi oculto entre los miembros leñosos del moro muerto y sus terrosos harapos.

Hubo que descoyuntar aquellos garfios, remachados por el odio sobre el helado yunque de la muerte, para librar al inerte Zarco, desangrado y casi muerto, del trágico y macabro abrazo.

Hasta el fondo misterioso y remoto donde el alma esconde ese ápice insignificante, en que aún persiste la vida cuando ya ha huído del laberinto maltrecho de las venas y los nervios dejando el cuerpo convertido en una flácida estopa, llegaba de vez en cuando un beso revividor.

Tales caricias bienhechoras, eran obra de la piedad de los soldados que lo habían encontrado; los que suspendiendo un momento la marcha hacia la posición, a donde lo llevaban con premura, poníanle una cantimplora entre los ávidos labios, dejando caer el agua, de la que algunas gotas, filtrando por su propio peso a través de la inerte garganta, llegaban al horno expirante de sus entrañas.

Poco a poco los frígidos besos del agua, crepitante, como si las gotas cayesen en una plancha enrojecida, fueron aclarando la sensibilidad del herido. Cuando llegaron a la posición, ya el turbio rumor incomprensible de las voces fué precisándose; ya la tupida neblina que sólo percibieran los ojos de Zarco abiertos ansiosamente a la luz, fué esclareciéndose, destacándose cada vez con mayor frecuencia y precisión, rostros conocidos y llenos de ansiedad. Y así es cómo al pasar entre las tiendas del campamento hacia las que servían de hospital, su corazón se reanimó también con el cordial de los sinceros

gritos de júbilo de los valientes que tanto le querían y admiraban, al saber que había sido recuperado.

Pero pronto el débil esfuerzo del espíritu por volver a ser, agotó las menguadas energías de su organismo y de nuevo se hundió en las opacas sombras de la insensibilidad, lindantes con las impenetrables de la muerte.

VII

Como un fardo, sin esperanzas de salvarle, en un aeroplano para no perder tiempo, fué trasladado Zarco a un hospital de Melilla, donde a fuerza de inyecciones de suero y con los fugaces espolazos del aceite alcanforado y el éter, fué vi- viendo; si puede llamarse vida al sopor inconsiente, bañado de continuo en los fríos trasudores de una agonía lentísima, en que se pasaba los días y las noches.

En uno de los pocos ratos de extenuada lucidez que tenía, le preguntaron si deseaba que se avisase a sus amigos. Dió el nombre de Alberto y sus señas y de nuevo se hundió en el marasmo que era su estado habitual desde que le recogieron desangrado y exánime.

Cuando Alberto tuvo noticia del grave estado de Zarco, a impulsos de su entrañable amistad resolvió ir sin demora a Melilla por si alcanzaba a endulzar con su presencia los últimos momentos del desdichado.

Por una de esas extrañas casualidades en que parece que una Providencia veladora coordina las cosas tejiendo el ambiguo cañamazo en que luego nuestras voluntades presumen de bordar «libremente» las flores albas, rojas o negras de

nuestras virtudes, de nuestras pasiones y hasta de nuestras propias desgracias, el mismo día en que Alberto iba a embarcar, mientras recorría afanoso varios establecimientos haciendo las menudas compras a que obliga todo viaje, se tropezó con Dolores, la adorada del pobre Zarco.

Dejándose llevar de su natural vehemente, le recriminó su actitud para con el hombre que tanto le amaba, y tales fueron sus palabras y de tal modo pintó su cálido verbo la desesperación que había empujado a la muerte a su enamorado amigo, que la joven, que ya desde la marcha del capitán se torturaba por haberlo lanzado a los peligros, a la muerte quizá, con su cruel resolución, rompió en sollozos y lágrimas.

—Si tu le querías, si le quieres, para qué le despreciaste hiriendo además su dignidad con tus razones. Tú, exclusivamente tú eres la responsable de lo que ocurre. ¡Ah mujeres, mujeres! —repetía Alberto con su despectivo y amargo acento.

La atribulada joven, que ahora, con la ausencia llena de ansiedad y la femenina admiración hacia el valor, notaba y media claramente la inmensidad insospechada de su pasión por Zarco, roja y trémula, cubriéndose el rostro con las manos, dijo con palabras ahogadas por el rubor y el sufrimiento:

—Sí, yo soy la culpable, yo le he matado. ¡Sálvalo Alberto; sálvalo por Dios! ¡Por tu madre, sálvalo! Si él muere yo también moriré. Y

extremecida en sollozos, ciega por las amargas lágrimas de su amor y su desesperación se alejó.

Alberto que era todo corazón, la vió irse traspasada de pena, y sintió piedad... Su inteligencia tan activa y clara, le trajo toda suerte de razones para disculpar a la pobre enamorada y mientras se encaminaba a su casa para hacer la maleta y solventar algunos menudos detalles de última hora, pensaba:

«Todo, todo es misterio en la vida. El amor que por ternura lleva a tantos a sacrificar sus vidas, prende sus más recónditas raíces en el dolor que causa con sus crueldades y el riego con que más medra y florece su alegría, es una terrible mezcla de lágrimas y sangre».

VIII

Noches de hospital. Noches interminables de horas lentas y modorrosas prendidas tenazmente al momento actual y doloroso, como esas moscas recalcitrantes, glotonas de lo hediondo y corrompido, que se posan en las llagas saboreándolas calmuda y golosamente.

Horas pesantes, borrachas de los hedores de las crueles heridas y del tufo pegajoso de los desinfectantes.

Noches espectrales a la luz lechosa e incierta de las veladas bombillas, con revolar silencioso de siluetas fantasmales, de tocas blancas y albas blusas.

Noches interminables en las que parece que el tornillo sin fin del tiempo, enmohecido, se agarra a la eternidad de donde sale, complaciéndose en que las agonías sean más lentas y duraderas.

Noches horrendas bajo su aparente tranquilidad; noches eternas y sombrías en las que el vampiro incorpóreo, traslúcido, hidrópico y fármaco, heraldo de la descarnada, lame goloso las frentes perladas del helado sudor de los agonizantes.

Noches de hospital rajadas a veces por el grito agudo, rápido e hiriente del que ha sentido la

helada mano de la muerte arrancarle las entrañas en un último tirón despiadado, y con ellas la vida. Noches tendidas sobre el trémolo doliente de los sordos quejidos, isócronos e infatigables. Noches trágicas en las que el sueño es sopor y el desvelo pesadilla real... Zarco no os sufrió.

Aletargada su alma o errática, ya casi desvinculada del exángüe cuerpo inmóvil, su paso por el hospital fué sólo la paradoja de un trozo de hielo que, abrasándose, bebiese y bebiese insaciable. Ni dolor en el maltrecho cuerpo, ni sufrimiento en el alma entumecida. ¡Oh, naturaleza; qué misteriosamente piadosa te muestras con los que más cruelmente has maltratado! Con Zarco lo fuiste sobremanera y, desde que desvanecido cayó bajo la inerte masa del enemigo muerto, ausente ya de este mundo, inhibida la complicada red de los nervios para las sensaciones, salvo fugaces momentos de lucidez casi inconsciente, fué su existir un mínimo esfuerzo del corazón casi vacío, mandando en sutiles chorros, la escasa sangre no perdida gracias a la natural restañadura de los coágulos, y no llegando a la absoluta paralización, por un verdadero milagro obra de su robustísima naturaleza.

No pudo ver ni sentir el blando vuelo en que fué trasportado desde el campamento a Melilla. No pudo maravillarse mirando la tierra de relieves microscópicos, huyendo rápida, como si un telón se arrollase velozmente bajo el enorme pá-

jaro de hierro y lonas, quieto al parecer rigidamente en los aires por un raro prodigio.

Nada supo, nada vió, y cuando en el hospital fué reclamado por su amigo para llevarlo a morir a Tenerife, era cada vez más un cadáver, que prolongaba de un modo incomprensible su resistencia a entrar en descomposición.

El viaje hasta Santa Cruz, seis mortales días de ansiedad para Alberto, transcurrieron en igual estado de inconsciencia para el moribundo Zarco, rodeado su cuerpo de botellas de agua casi hirviente.

Cuando al fin llegaron, fué transportado en una camilla, en medio de un enorme gentío trágicamente silencioso, como en un anticipado entierro, hasta la clínica de Alberto.

En la más amplia habitación, ventilada por tres anchos balcones completamente abiertos, fué encamado; y tras una consulta con los más competentes compañeros, se dispuso Alberto a dar su sangre para que como último recurso, a la desesperada, por hacer algo, por intentarlo todo, pero sin aguardar ningún favorable resultado, le fuese hecha la transfusión.

Cuando tocaban a su fin los minuciosos preparativos, recibió Alberto el recado de que una señora deseaba verle un instante con suma urgencia.

Su asombro fué enorme cuando se vió ante Dolores, la amada de Zarco. Venía bañada en lágrimas y le pedía ver un instante al idolatrado mártir por su amor.

Alberto, desabridamente, intentó negarle aquel doloroso consuelo, creyéndolo inmerecido a más de peligroso, por retardar la operación; pero al enterarse ella de que, solamente por no dejar de intentarlo todo, se iba a proceder a inyectarle sangre de Alberto, con resolución rápida e imperiosa dijo:

—Yo le daré mi sangre. Se la debo, Alberto, y quiero pagársela. Y además te pido, que si a pesar de la fe y la alegría con que irá de mis venas a las tuyas no le devolviera la vida, dejes que me desangre. Te pido que lo hagas así y me ahorrarás el dolor de causar a mis padres la vergüenza de mi suicidio.

Y añadió con la fría calma de una resolución irrevocable:

—No creas que se trata de una vehemencia mía que pasará. Si Miguel muere, yo moriré también. Te lo juro por lo más sagrado y por lo más querido para mí: por Dios que nos oye y por la vida de Miguel.

Quedó Alberto suspenso por la sorpresa unos instantes y al cabo, creyendo providencial aquella heroica resolución, aceptó que ella le substituyese en la piadosa ofrenda de vida que a su amigo quería hacer.

IX

Hecha, aunque a la ligera, la reacción adecuada, encontró que la sangre que se iba a utilizar era del tercer grupo, la más conveniente para intentar con buen éxito la operación.

Se dispuso todo, y al cabo de unos minutos, en una camilla, con blandas ruedas neumáticas cubierta su esbelta figura con una sábana de pies a cabeza, introdujeron en la sala de operaciones a la incógnita donante de su sangre.

La cama y la camilla quedaron tocándose, pero trocados los cabezales, de modo que los pies de ella correspondían a la cabeza de él; de tal manera que los brazos, paralelos y unidos, juntaban sus sangraduras.

Alberto, febril, pero sereno, con cara de iluminado, levantó un poco la sábana y, sin descubrir otra cosa que un torneado y blanquísimo brazo, procedió a ligarlo. Picó la vena con serenidad, y uniendo la pequeña herida a otra igual practicada en el brazo de Zarco, a través de un corto tubo de vidrio que las unía casi juntas, comenzó a correr la roja, y viva, ardorosa sangre, impregnada de amor, entrando aquel cuerpo cadavérico, inerte ya y helado.

Dolores, bajo el blanco lino que la cubría,

temblaba de amor, de sublime espíritu de sacrificio, y sus labios se entreabrían modulando un sordo rezo, pidiéndole a Dios, con la fe que obra los grandes prodigios:

—¡Señor, toma mi vida y dásela a él! ¡Házlo Señor, bien sabes que he de morir si él muere, no hagas que mi alma se pierda! ¡Salva su vida y salva mi alma Señor!

Y como la debilidad, por la sangre que iba perdiendo, la hiciese desfallecer dulcemente, anegándola en un turbio sopor, creyendo que Dios oía su fervorosa plegaria y aceptaba su sacrificio, con las entrañas y su ser entero desmoronado en un placer sobrehumano, santamente inefable, fué sumergiéndose en una inconsciencia suavísima que ella creía su muerte; en una bienaventurada comunión con el cielo que la redimía de su pecado de dureza de corazón, en gracia al sacrificio que ahora hacía su inmenso y sublime amor a impulsos de su remordimiento.

X

Lejano está el día en que la ciencia, al hacer un descubrimiento, abarque, catalogue y prevea todas las variantes que a casa paso sorprenden, desorientan y maravillan a los que la aplican.

Y si esto es cierto incluso en la elemental mecánica de lo inerte, qué no será en el complicado y misterioso laboratorio del cuerpo humano donde el soplo vital fluye del ignoto reaccionar de infinitos imponderables.

Lo repetidamente observado en casos análogos, hacia prever que Zarco moriría a los pocos minutos de penetrar en sus venas una sangre rica, debilitados su corazón y sus arterias, para reaccionar con la violencia y la rapidez que pediría el poder excitador del nuevo y poderoso licor vital que les iba llenando.

Pero lejos de ésto, una tenue coloración rosada lentamente se expandía en la cadavérica carnación del yerto Zarco.

Alberto, con el estetoscópio fuertemente apoyado sobre el torax y cogido el brazo libre del moribundo, seguía con ansiedad las peripecias de aquella desesperada lucha con la muerte.

De un momento a otro temían que se produjese el «shock» paralizándose el extenuado corazón. Pero contra toda lógica, el pulso cobraba tensión, se hacía lleno y espaciado, sin que la más ligera arritmia diese qué temer por la normalidad de la función.

El pecho, amplio y bombeado, se elevaba ansioso de aire, de oxígeno, de vida. Los demás médicos que asistían a la operación, se miraban asombrados. Era un verdadero prodigio y sus ojos denotaban alegría y sorpresa.

Los fluidos vitales de la sangre joven, ardientemente enamorada, empapaban galvanizándolos los relajados tejidos de Zarco. Ya sus demacradas facciones se iban tiñendo de un rosa desvaído.

Reaccionaba el organismo entero y bien lo acusaba un menudo sudor que cubría la frente del que pudiera llamarse resucitado; nuevo Lázaro a quien también el amor levantaba la losa del sepulcro, reintegrándolo a la vida con un llamado y dulce mandato.

Dolores en medio de su desmayo, con un inconsciente movimiento de su brazo libre, tiró suavemente de la sábana hacia abajo, quedando al descubierto su rostro. Este apareció pálido, pero con tal expresión de serenidad, con tal maternal gesto de infinita ternura que, a no haberse visto de la escena más que las bellísimas facciones, como arrobadas en un éxtasis, de aquella mujer, se hubiese creído que, laxa, ren-

dida y extenuada, por reciente dolor y anegada en el inefable placer de la maternidad, alimentaba al tierno hijo recién nacido. Los ojos de Dolores quedaron extáticamente fijos en los de Miguel, como buscando su mirada.

Alberto, atento sólo a los efectos fisiológicos de la operación en su parte más física y grosera, no veía lo que pudiera llamarse sublime transfusión espiritual. Porque sin duda, el halo de tiernísimo y abnegado amor que aureolaba el bello rostro de Dolores, adelgazándose y expandiéndose, envolvía al moribundo Miguel, infundiéndole por todos sus poros, lo que ciertamente era la causa de aquel prodigioso resurrexit: la sangre de la sangre: el alma; y aún un más sutilísimo y vivificante fluido, la sangre del alma: el Amor.

Y, así, cuando los ojos de Zarco se abrieron y con un naciente destello de inteligencia se fueron posando sobre las cosas, como el blando apoyarse de una mano fatigada y débil; como esas trémulas manos de los viejos al rozar las cabezas infantiles en un ademán lento y desmayado—caricia, afinamiento y consuelo—no vieron ni a su amigo, ni a la enfermera, sólo resbalando tristes y opacos aún de unos objetos en otros, al fin quedaron prendidos, estáticamente maravillados, al encontrar las tiernísimas luces acariciadoras de los de la amada.

Fué un larguísimo y dulce beso de sus almas; que al fin se unían fundiéndose para siempre.

Y en el jardín de la clínica, una voz de plata,
melancólica arrastrada y cadenciosa cantó:

«Cuando una canaria quiere
a quien la sabe querer...»

¡PRIMERO
CALIDAD!
¡LUEGO
ECONOMIA!
PERO...

Si se reúnen calidad y economía.

Compare nuestros precios, haga una prueba y no usará más aceite en su automóvil que los

LUBRIFICANTES
PANHARD
de la
PANHARD-OIL
CORPORATION
NEW-YORK

Agente regional:

Algel Emero.

Imeldo Serís 100

Santa Cruz de Tenerife.

